

Lunes VI del TO  
Ciclo B



12 de febrero de 2024

St 1, 1-11

Sal 118

Mc 8, 11-13

P. Eduardo Suanzes, msp

Jesús<sup>1</sup> se ha embarcado y se ha dirigido a la región de Dalmanuta, territorio judío. Aquí, la presencia de Jesús provoca inmediatamente la de sus adversarios. Se presentan («salieron») únicamente los fariseos, sin especificar de dónde: no hay pueblo ni espectadores; es decir, lo que inmediatamente aflora a la superficie en Dalmanuta es la ideología farisea.

Muestra así Marcos que esta facción, que domina al pueblo, es la representante del judaísmo en Galilea: inmediatamente, con prontitud, aparece la actitud hostil de los fariseos; no muestran proximidad a Jesús; al contrario, inmediatamente se enfrentan y empiezan a discutir con él; su talante es agresivo desde el principio. Saben de la actividad de Jesús y la rechazan sin más. Nunca han buscado el diálogo con Jesús; nada de lo que ha dicho o hecho ha calado en ellos o los ha llevado a la reflexión; son completamente refractarios a su mensaje, totalmente impermeables; siempre separados, como el agua y el aceite.

Reconocen la extraordinaria personalidad de Jesús, pero están en profundo desacuerdo con él: no aprueban en absoluto su actividad liberadora con los excluidos de Israel y los paganos. Por eso le exigen que, olvidándose de ellos, se acredite como Mesías liberador de Israel con «una señal del cielo», una que indudablemente proceda de Dios.

No conciben una liberación de Israel que no sea en detrimento de los paganos. Como Moisés liberó a los israelitas aplastando a los egipcios, piensan que también ahora hay que liberar al pueblo humillando y derrotando a los paganos, que, como en múltiples ocasiones a lo largo de la historia, son sus dominadores. Piden a Jesús una rectificación: debe dejar de interesarse de los paganos para acudir en defensa de Israel y restaurar su gloria nacional.

Por eso hace notar el evangelista que los fariseos pedían la señal «para tentarlo». Pretenden desviarlo de su proyecto universal, para hacer de él un Mesías nacionalista, que, según ellos, debía tener la aureola del poder dominador. La señal del cielo, que sería una afirmación de ese poder, le daría a Jesús la investidura. Se repiten las tentaciones del desierto: el poder y la espectacularidad.

Como tantos otros grupos a lo largo de la historia, los fariseos no conciben una liberación de los oprimidos que no sea a costa de los opresores. Se busca siempre la liberación de una

---

<sup>1</sup> Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol II.* Ed. El Almendro. Córdoba, 1993

parte de la humanidad, no la de todos. La liberación ha de ser universal, ha de hacerse dando vida a todos, no vida a unos y muerte a otros.

Para los fariseos, las acciones realizadas hasta ahora por Jesús no son válidas: aportar beneficios al hombre (libertad, autonomía, desarrollo) no es señal para ellos. **Las señales del amor no les dicen nada, exigen una señal de poder.** Aparecen así los dos programas contrapuestos: el de entrega/amor y el de dominio/ poder. Se hace patente la oposición que existe entre los fariseos y Jesús; en el fondo es la oposición entre dos modos de concebir a Dios: para Jesús, las verdaderas señales de Dios son las de su amor a todos los hombres; los fariseos, en cambio, piden una señal en favor de Israel y en contra de los paganos. Para ellos, Dios no es amor universal, sino poder dominador y discriminador.

Si no cumple Jesús esta condición indispensable que le piden, serán sus enemigos a muerte. Quieren desviarlo de su línea y llevarlo a su terreno. Si acepta esto, ellos serán sus aliados.

Luego Marcos nos describe el sentimiento de Jesús, de pena («*da un profundo suspiro*»), y una reacción airada expresada en palabras. Es la misma reacción de Jesús a la obcecación de los fariseos en la sinagoga, en algunos capítulos anteriores: allí tuvo también un doble sentimiento, de ira y de pena. La pena de Jesús se debe a que los fariseos, a los que no excluye de su amor, van, por su obcecación, a la ruina; la ira, al daño que hacen al pueblo, sometiéndolo, fomentando en él el desprecio y el odio al extranjero y alimentando expectativas imposibles.

Y Jesús responde con una negación rotunda que no da posibilidad a ser reconsiderada. Él es Mesías de la humanidad entera, no solo del pueblo judío: ha venido a dar vida a todos los hombres.

Marcos señala que Jesús se monta en la barca, dejándolos con tres pares de narices, y que se fue «*a la otra orilla*», es decir, a territorio pagano, por si había quedado alguna duda de cuál es su misión. El diálogo con el mundo fariseo, judío, se demuestra imposible. Así Jesús, se va, diametralmente al lado opuesto: al mundo pagano.